

# Deuda Externa: una solución desde la ética

José Manuel López Rodrigo  
Fundación Comunicación y Democracia

Cada día suena más la campaña de condonación de la Deuda Externa que más de 100 organizaciones están apoyando en nuestro país. La campaña, encuadrada en la lógica del año 2000, año jubilar, es de carácter internacional y es desarrollada tanto en países acreedores como deudores. Sin embargo es muy difícil entender el problema de la deuda de una manera aislada. En la era de la globalización económica, un problema como éste se sitúa en el centro del engranaje financiero y se relaciona con muchas actividades que vemos pasar cotidianamente o que leemos en el periódico y que no parecen guardar relación. Vamos a intentar profundizar en el sistema que mantiene la deuda, así como en las responsabilidades personales que podemos tener en un problema tan «lejano».

## El problema

El concepto de préstamo monetario se conoce desde antiguo, desde que se desarrolló la agricultura y por tanto se pasó de una sociedad recolectora que sólo recogía lo que podía consumir, a una sociedad agrícola que acumulaba de un

año para otro. Dentro del préstamo va implícito el interés que el deudor debe pagar al acreedor como coste del préstamo. Sin embargo nunca se había conocido una deuda de tal tamaño, con unos intereses tan descomunales y que afectara a tanta gente. ¿La razón? Los países del Tercer Mundo comenzaron a acumular deuda en el siglo XIX. Bien para financiar la guerra —como hizo Bolívar— o para engancharse a la revolución industrial con la construcción de ferrocarriles o fábricas, muchos países del Sur pidieron préstamos a los países del Norte. Todo normal; yo necesito algo, tú me prestas para que lo pueda adquirir y luego yo te pago. Sin embargo esta dinámica se rompió en los años setenta. Por entonces el precio del petróleo estaba muy alto y los países productores habían acumulado gran cantidad de dólares que estaban improductivos. Los bancos que los recibieron pensaron en la manera de ponerlos a producir y comenzaron los préstamos indiscriminados y sin ningún control. La lógica había cambiado: «yo no necesito nada, pero tú me prestas, así que lo gastaré en lo que se me ocurra y ya te lo devolveré». Así nace la deuda, un dinero que fue a parar a importar bienes de consu-

mo, a negocios particulares e incluso a la especulación financiera.

La situación se mantiene hasta que en 1982 se produce el estallido de la deuda. Los intereses se disparan multiplicándose por cuatro o cinco y caen los precios de las materias primas. Los países deudores se encuentran con un gran problema: no pueden pagar. Así comienza una nueva forma de hacer en los países del Tercer Mundo, no es sólo que deban, sino que además toda su economía comienza a girar en torno a la devolución de los préstamos. A esto se añade un factor más, el cambio de manos de la deuda. Si en un principio había deudores públicos —estados— y privados —empresarios—, lentamente la deuda pública fue creciendo a costa de la privada, en base a la «monetarización». Los acreedores, el Club de París a través del FMI no quería tener muchos interlocutores por país, así que pidió uno por país, concretamente su gobierno. Para concentrar la deuda los gobiernos —muchos militares u oligárquicos— se la compraron en moneda del país a los deudores que la tenían en dólares. Como muestra basta un botón. A comienzo de los 80 el dólar y el sucre ecuatoriano estaban a la par en el cambio: un sucre por un dólar. Un

empresario que hubiera pedido un préstamo de 10.000 dólares en ese momento monetarizó su deuda en sucres, es decir, el estado asumió la deuda en dólares a cambio de que él pagara en sucres. Lo que ha ocurrido es que hoy en día el cambio es de un dólar por 16.000 sucres; así que el estado ecuatoriano que asumió la deuda sigue debiendo 10.000 dólares (al cambio actual 160.000.000 sucres) pero el empresario sólo debe 10.000 sucres al estado —el precio de un menú en un restaurante barato—. De esta manera la gente a través de los impuestos asumió una deuda de la que nunca vio un dólar.

A partir del estallido de la deuda, la situación se hizo tan difícil que los países acreedores no tuvieron más remedio que buscar «soluciones». Antes de ponerlas en marcha hicieron un diagnóstico que les llevó a la siguiente cuestión: No nos pueden pagar ¿Es problema de solvencia o de liquidez? Si es de solvencia significa que hay *quiebra* y por tanto hay que cambiar el sistema financiero y buscar un nuevo orden económico, porque de la actual forma no se puede seguir. Si es de liquidez, la cuestión se limita a una simple *suspensión de pagos*, o sea que con una ayuda y unos préstamos más podrán pagar. La respuesta estuvo clara, liquidez. Así es como empezaron a aparecer planes de solución periódicos: Baker I, Baker II, Brady y PPAE. Todos en base a nuevos créditos para pagar créditos que a su vez pagaban créditos anteriores. También

aparecieron los Programas de Ajuste estructural que obligaban a devaluar monedas, liberalizar la economía, controlar los salarios, elevar los tipos de interés y sobre todo contraer el gasto público.

## Y ¿Ahora... qué?

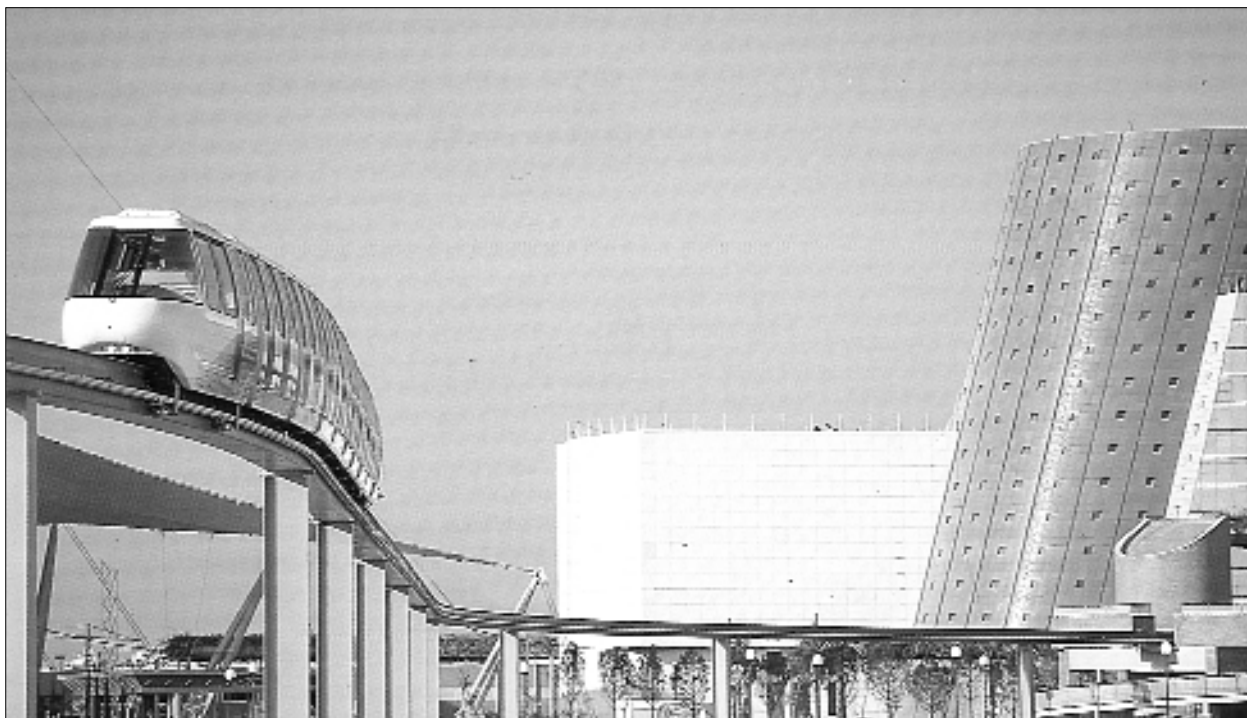
Hasta aquí ha llegado esta bola de nieve que crece y crece y que está aplastando a millones de personas en los países del Sur, sin embargo es necesario buscar referencias para conocer su tamaño real. Los cambios en el mundo, la globalización nos ha hecho perder referencias

ro. Generarse una escala de valoración sobre algo que excede a lo que se puede percibir «naturalmente» por los sentidos se hace difícil. Pues bien, el problema de la deuda podría ser un ejemplo de esta situación ¿La deuda es grande o pequeña? ¿Es mucho o poco dinero? Casi haría falta volver a la infancia y ver de nuevo algunos programas de *¿Barrio Sésamo?* para saber que nada es grande o pequeño en sí, sino en referencia a. Este es un tema importante a tener en cuenta porque a los que no tenemos dinero los ceros nos marean. Vaya un ejemplo. Hace unos meses en la misma página de un periódico venían dos

noticias explicativas de este fenómeno. Por un lado el ministro de economía explicaba el ingente esfuerzo que suponía para España el haber enviado 17.000 millones de pesetas a Centroamérica para paliar las consecuencias producidas por el huracán Mitch; la noticia se recreaba en el hecho solidario que supone ex-



traer tanta cantidad de dinero de los presupuestos del Estado. Un poco más abajo otro alto cargo del gobierno hablaba con respecto a la desproporción de las críticas de la oposición con respecto al hecho de que los profesores de religión pasasen a cobrar su sueldo del Ministerio de Educación y no de la Conferencia Episcopal con la consiguiente igualación de sueldos. Según el ministro esta operación tan sólo le iba a costar al Estado la cantidad de 20.000 millones de pesetas, lo que podía considerarse casi insignificante.



Hagamos el mismo ejercicio con el tema de la deuda externa. España es un país acreedor; la deuda que los países del Sur tienen con nuestro país es de aproximadamente de 1,6 billones de pesetas, concentrándose los principales deudores en América Latina y el Norte de África. Si hacemos el esfuerzo de escribirlo con números todavía asusta más: 1.600.000.000.000 ptas. Dicho así, la cantidad parece importante, pero sería el momento de volverse a preguntar ¿La deuda es grande o pequeña? ¿Es mucho o poco dinero? No nos queda más que verlo en referencia a...

- El dinero que el gobierno español va a «regalar» a las empresas eléctricas para que se modernicen. De acuerdo a las últimas discusiones en el parlamento se aportaría a las empresas eléctricas de nuestro país casi 1,5 billones de pesetas para hacerlas más competitivas. Esta cantidad sería a fondo perdido.
- El coste del AVE Madrid-Sevilla que según las cuentas finales

alcanzó casi el billón y medio de pesetas.

- El dinero que los españoles tenemos invertido. Según los datos de la Asociación Española de la Banca en 1998, los españoles teníamos invertidos en fondos financieros la cantidad de 34 billones de pesetas y en fondos de pensiones 4,5 billones de pesetas; es decir, sólo como ahorros no utilizables a corto plazo —porque además de esto estaría lo que está invertido en bolsa y lo que se encuentra en las cuentas corrientes— hay casi 40 billones de pesetas.

Sin querer ser pesado, de nuevo habría que preguntarse ¿La deuda es grande o pequeña? ¿Es mucho o poco dinero? Con estos datos en la mano se podría concluir que la deuda con España —1,6 billones de pesetas— sería mucho dinero para mí, pero no representa casi nada para la economía española; es decir, la condonación de la deuda no significaría un problema técnico, ni un colapso económico. En-

tonces ¿Por qué no hacerlo? ¿Dónde está la razón? La respuesta no es simple pero sí evidente. La cuestión no es ya lo que me deben, que además de no ser mucho ya está más que pagado, sino qué nuevo beneficio le puedo sacar a la situación.

No es posible separar el problema de la deuda externa del sistema general que la economía mundial ha implantado. Desde que a comienzos de los años ochenta —momento de estallido de la deuda— se empezasen a imponer las tesis neoliberales la palabra más utilizada por los gobiernos ha sido «privatización». La aplicación de Programas de Ajuste Estructural impuestos por el FMI se ha basado en reducir los Estados y por tanto en vender las empresas públicas. Así ha sido como empresas rentables como las eléctricas o las telefónicas han pasado a manos privadas por cantidades casi ridículas. ¿Cómo es posible vender por menos de su valor una empresa que gana mucho dinero? ¿Qué tipo de motivación puede haber? Más que de motivación diríamos que hay pre-

sión: me debes. La deuda lleva más de una década siendo la clave de las privatizaciones. Llevaría mucho tiempo hacer un recuento pormenorizado de como ha ido este proceso, por lo que vamos a ver sólo algunos ejemplos que nos resulten cercanos.

El proceso es el siguiente: cuando cualquier país deudor quiere renegociar su deuda se reúne con los responsables del FMI. Estos por su parte le plantean la aplicación de un Programa de Ajuste Estructural que incluye la venta de las empresas públicas —se exige que previamente cada gobierno las sanee— a empresas privadas. Sin embargo cuando el FMI hace las propuestas no lo hace de manera general, sino que ya suele haber grupos empresariales europeos o norteamericanos interesados en la compra; como se dice popularmente «ya está vendido todo el pescado». Ejemplos hay miles, sólo hay que comprar cualquier periódico económico y ver la expansión de las empresas europeas en el Tercer Mundo. Por ejemplo las empresas españolas bajo el amparo del FMI están comprando a precios ridículos todo el sector público en América Latina. Así Telefónica ha acaparado el sector telefónico de países como Perú, Brasil, El Salvador, Chile; REP-SOL está haciéndose con el sector del gas y del petróleo de países como Argentina o Ecuador; ENDESA por su lado igualmente ha comprado la mayor empresa eléctrica del continente, la chilena ENERSIS. Las consecuencias de estos procesos son varias:

- Los países se deshacen de sus sectores estratégicos y de las empresas más rentables que tienen.
- Desaparece el sentido de servicio público. Las empresas ya privadas comienzan a dejar de dar servicio en las zonas no rentables. Son muchos los campe-

sinos de zonas rurales que se quedan sin luz, o lugares donde se paralizan los planes de implantación de líneas telefónicas por ser zonas poco «rentables».

- Las empresas compradoras hacen un negocio redondo; pagan poco dinero, obtienen grandes beneficios y no tienen apenas control, ya que están amparadas por las instituciones financieras internacionales.

Parece claro que la deuda está sirviendo como elemento de presión para unos negocios que superan en mucho su valor. Es llamativo que, por ejemplo, gran parte de los beneficios (más del 30%) de las empresas antes mencionadas provengan de sus filiales latinoamericanas.

En este punto es necesario introducir un elemento nuevo, la bolsa. La inversión en acciones se ha convertido en algo cotidiano en los últimos años. Si antes sólo invertían los expertos, ahora lo hace el ciudadano de la calle; y no es de extrañar si se ve la rentabilidad de las inversiones. Beneficios del 40% por año empiezan a no ser extraños. Por esta razón la fiebre bursátil se ha extendido tan deprisa y tanto que se ha generado una cultura del «juego de la bolsa». Nada extraña, la facilidad de ganar dinero, la facilidad de hacerlo. Sin embargo valdría pararse un poco y recuperar otro tipo de cultura. Cuantas veces hemos oído a nuestros padres cuando de niños les pedíamos cosas imposibles eso de «el dinero no crece en los árboles»; esto que es rigurosamente cierto parece no tener ya vigencia, la bolsa lo desmiente a diario. Ahora ya tenemos casi la cadena completa: La deuda externa está siendo un elemento de presión para aplicar una política de ajuste en muchos países que les está haciendo vender el sector público, que a su vez está siendo comprado por

empresas del Primer Mundo que están ganando grandes cantidades de dinero de esta manera; dinero que está llegando a los accionistas de forma permanente.

¿Qué tiene que ver la deuda conmigo? Tiene que ver y cada vez más. De hecho la solución del problema es más una cuestión ética que técnica. Es imposible pensar que el problema es solucionable manteniendo el nivel de beneficios que se están obteniendo. Hay que pensar que la idea de que el progreso es infinito no es verdad. Los recursos son finitos y si los recursos que obtenemos —por ejemplo en la bolsa— son muchos se debe a que están siendo retirados de otra parte. Desde un punto de vista ético no se puede mirar a otro lado e ignorar el contacto entre la situación de pobreza que genera la deuda y el expolio de recursos que trae aparejada. La inversión en bolsa está teniendo grandes repercusiones en este proceso. Ahora es inevitable una nueva pregunta ¿Qué hacemos entonces con el dinero que tenemos ahorrado? Pues bien, si hasta ahora todas las preguntas han tenido una respuesta más o menos aceptable, para esta no encuentro que decir. Lo que aparece más claro es lo que no debo hacer. Este es el reto, buscar nuevas formas, pero siempre partiendo de que no es sostenible mantener el beneficio actual. De hecho ya empiezan a darse algunas iniciativas como los fondos éticos. Pero estas respuestas no serán efectivas planteadas como una simple sustitución. Suscribir un fondo de este tipo en un banco que tiene todo tipo de intereses —desde armas hasta especulación pura— consiguiendo un beneficio del 40% es, en principio, todo menos «ético». La ética implica una apuesta por el bien común, lo que tal y como están las cosas supone renunciar a obtener inmensos beneficios. La ética, además y contra la técnica, tiene una cara a la que se puede mirar.